

Valérie Mréjen

EL AGRIO



Lectulandia

El Agrio es Bruno, y la narradora, quizá para su desgracia, se ha enamorado de él. Mucho más: se ha vuelto loca por él. Alguien dijo, como un elogio, que ésta era una novela para chicas, pero se equivocaba: en estas páginas en primera persona hay muchas más personas: lectores o lectoras reconocerán e incluso se reconocerán. Eso sí, nadie antes nos había contado este tipo de amor, de relación, como aquí: Valérie Mréjen, como ya demostró en *Mi abuelo*, sabe narrar de un modo que va mucho más allá del laconismo o la ironía postmodernos: hay un fondo sentimental, si se nos permite decirlo así, que recuerda a Jean Rhys, a Dorothy Parker, a Natalia Ginzburg... Es decir, prosas aparentemente sencillas con varias cargas de profundidad dentro, con más de un nivel de lectura.

Esta obra, tan divertida como cáustica, obtuvo en 2002 el Prix du Deuxième Roman, creado por la Fundación CIC para el libro y la Asociación para el desarrollo de las librerías literarias.

«Escrito en bloques de texto, como si fueran planos de un vídeo, a medio camino entre la novela, la poesía, el cine y el arte contemporáneo, *El Agrio* nace de una verdadera libertad formal sin perder en sensibilidad: un objeto sin género. Y en su género, todo un éxito.»

Nelly Kaprièlian
Les Inrockuptibles

Lectulandia

Valérie Mréjen

El Agrio

ePub r1.0
Batillo 15.7.16

Título original: *L'Agrume*
Valérie Mréjen, 2001
Traducción: Sonia Hernández Ortega

Editor digital: Batillo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Estábamos sentados en un banco cerca de Les Halles, bajo una especie de pérgola de madera. Hacía buen tiempo. Me dijo: Ya no te quiero.

La víspera se había presentado una hora tarde a la cita. Yo estaba frente a la gasolinera de la Puerta de Orleáns vigilando los **4L**, esperando a que llegara. Al final apareció. Hubiera querido ponerle mala cara, pero la alegría de verle lo anulaba todo. No era el momento de hacer comentarios, visto que no estaba muy enamorado. Sólo hice notar su falta de puntualidad en tono de broma.

Otra vez, conocí a un tipo en un festival de documentales de Ardèche. Estaba con su chica.

Vino a sentarse a mi lado la última noche, en la sala 3. El nombre de uno de mis primos aparecía en los créditos (J.-J. Mréjen). Le enseñé el programa con orgullo.

A la vuelta de las vacaciones, me llamó por teléfono otra Valérie Mréjen que vivía en el distrito XII. Había recibido un envío por correo. El había buscado mi dirección en el listín pero yo vivía en Hauts-de-Seine. La Valérie Mréjen que había recibido la carta me preguntó si yo conocía a ese B. R., pues ella tenía un amigo con el mismo nombre. Dije que sí. Me reenvió todo en un sobre de mayor tamaño.

Era una hoja de papel de calcar con celofán y un trozo de película grapada a un lado.

Contesté y anoté mi dirección añadiendo dos cruces. Cada cruz significaba un beso. Como no lo entendió, las observó con una lupa. Se llamaba Bruno.

Era bajo, moreno, de ojos azules, muy miope. Llevaba gafas. Su primer reflejo por la mañana era buscarlas para lavarlas con Paic limón.

Cogía las patillas con delicadeza y se las colocaba en las orejas.

La primera vez que vino a mi casa, volvía de Tours. Me había comprado una caja de merengues en una pastelería de la ciudad. Nos quedamos de pie besándonos en medio del apartamento. Había conseguido encontrar mi calle, había llegado a mi casa y me había traído esos deliciosos dulces. Enseguida me dijo que tenía que llevarle unos papeles a su hermano por la zona de Jouy-en-Josas. Me prometió que volvería. Mientras tanto, estuve dando vueltas y admirando los merengues. Al cabo de un rato me asomé a la ventana para ver llegar su coche.

Volvió una hora después. Pensé: uf.

Otra vez, nos volvimos a ver en un café de Montmartre. El llevaba una camisa gris oscura con minúsculas motas blancas que parecían copos de nieve catódica.

En otra ocasión me dijo que llamaría al día siguiente. Esperé. No me atrevía a salir de casa. Temía que colgara si saltaba el contestador. Me quedé en casa. Esperé sin alejarme del teléfono, llorando de impaciencia. Empezó a anochecer. No había hecho nada más que esperar durante todo el día. ¿Quizá le había sucedido algo? (Me decía esto para no acusarle.) Lo llamé a las nueve y diez. Después a las nueve y cuarto. De repente, acababa de volver a casa. Me dijo: Hemos ido a ver una exposición al Jeu de Paume. Hablaba con amabilidad pero con firmeza. Prometió que me llamaría más tarde.

Antes de aquello, ella me había descolgado el teléfono alguna vez. Yo no le daba muchas vueltas. Dije directamente que quería hablar con Bruno.

Una tarde, su contestador estaba estropeado: emitía una y otra vez la melodía de espera y no se oía la señal. (Tenía continuamente problemas con su contestador *deputa di merda* ^[1]. Intenté reconocer la melodía y fui a comprar un disco, buscándolo por la carátula que yo creía correcta. (Por desgracia no lo era en absoluto.)

Un miércoles por la mañana nos levantamos tarde. Me hubiera gustado pasar el día con él, pero tenía una comida de antiguos alumnos. Yo nunca podía saberlo de antemano.

Le gustaba la leche fresca en botella. En su opinión, la pasteurizada era repugnante.

Ya no sé lo que tomaba por las mañanas. Pan de molde con mantequilla y mermelada. Compraba mantequilla President en tarrina de plástico. Bebía té. Yo bajaba a comprar cruasanes cuando vivía en el primero.

De todo hacía una ceremonia. Abrir una bolsa de papel llena de cruasanes, limpiar los cristales de sus gafas, servir el té. Le gustaba sobre todo deshacer los envoltorios con sumo cuidado. Cogía el papel de seda con la punta de los dedos y realizaba un movimiento desde el centro hacia los extremos. Hubiera podido manejar un cartón grueso como si fuera una amapola por la delicadeza de sus gestos.

De hecho, la segunda vez que nos vimos, me habló de un vídeo en el que Paul Armand Gette manipulaba un nenúfar de plástico. Imitó los movimientos repetitivos de sus dedos en el salón de té de la calle Racine. Estábamos comiendo strudel. Me ruboricé al escucharle. Me sedujo completamente.

Me contó con fascinación las relaciones entre un chico y una chica de su antiguo instituto. Se trataba de unas personas bastante morbosas. La chica hacía cuadros con

sangre de buey recogida en cubos y dibujaba con sus manos a toda prisa antes de que se coagulara. El chico rodaba películas: estrangulaba gatos en Súper 8. Bruno me contó que se habían conocido haciéndose cortes en el brazo con un cúter, en los bancos del patio.

Me explicó que aquella pareja había inventado un original sistema de revelado en el interior de una manguera para las películas de Súper 8.

Acompañaba sus descripciones con movimientos de manos para representar la delgadez de la manguera, la apertura de una tapa o de una caja de Big Mac. Para las sensaciones gustativas, cerraba los ojos y frotaba con suavidad la punta de los dedos como si acabara de comer un hojaldre y quisiera deshacerse de las migas. Un día tuvo una revelación mientras bebía zumo de trufa. Me habló de los pasteles de su abuela, de las galletas que vendían en Les Halles y de las pastas de la Mere Poulard.

Una vez soñé que tomábamos un tren con su amiga. Ella le mostraba una gran variedad de pasteles para llamar su atención. Bruno caminaba completamente deslumbrado por esos descubrimientos. Lanzaba grititos, *ooh, ooh* meneando la cabeza.

Compraba lonchas de foie. Una vez en casa, sacaba el paquete de la bolsa, abría el envoltorio y observaba el beis reluciente.

Un día fueron todos, Bruno y sus amigos, a comer brownies a una heladería americana. Una de las chicas descubrió un pelo en su porción. Bruno le aconsejó comer lo de alrededor de manera que sólo quedara el trozo con el pelo: eso le daría derecho a otro gratis. Ella comenzó por los bordes evitando la zona crítica, esculpió el bloque con la cuchara y no se quejó hasta el último bocado. Les ofrecieron una segunda porción, y sus excusas.

Su sobrenombre era El Agrio, y dibujaba su retrato con forma de limón. Había creado el icono en su ordenador.

Un domingo me dediqué a construir una máquina tragaperras de cartón para enviársela. Quería darle a entender que había ganado el premio gordo el día que lo conocí. Uní los laterales a la parte trasera con cinta aislante, pinté la máquina con rotuladores y puse monedas de chocolate en el cajetín. En la combinación ganadora dibujé tres naranjas.

Lo envié todo en un paquete postal con relleno de espuma. Otra vez le hice llegar un Camembert Vallée (por Valérie) comprado en una tienda de quesos excelente. Me contó que el queso olía muy fuerte cuando llegó, a pesar de que yo lo había elegido poco curado. Pero al parecer estaba delicioso. Me encantaba comprarle productos de calidad. Compraba leche fresca semidesnatada que siempre caducaba antes de que él

viniera por casa.

Tenía una Leica. Durante un encuentro, hizo algunas fotos, entre ellas una de dos bolsas de plástico semitransparentes. Se conmovía con verdadero entusiasmo ante la belleza de las cosas. Desde la nata de la leche hasta la superficie de una taza. De un tapón de lavabo seco y resquebrajado, de una mota de moho sobre una fruta, decía que eran bonitos y los señalaba con el dedo. Un día que estábamos en casa de la hermana de un amigo, reparó en la válvula de una olla al lado de los quemadores de la cocina. La tomó entre el índice y el pulgar y alabó sus cualidades plásticas, sin tener en cuenta la sorpresa de nuestra anfitriona. Hizo incluso un par de comentarios, extrañado de no encontrar más eco entre nosotros.

Me había citado a la una en un restaurante japonés. Me puse un vestido comprado la semana anterior, un vestido de un diseñador conocido. La gente se fijaba en mí al pasar. Lo esperé cerca de una hora, intentando por todos los medios aparentar un aire distraído. Me obligaba a tener ensoñaciones para poner cara de sorpresa cuando le viera venir. Había tenido un problema en el metro. En el restaurante, admiró las tacitas con estrías azules en las que nos habían servido el té. Las sostuvo en sus manos con mucho respeto y me confesó que con sólo verlas deberíamos sentirnos felices. Que era incomprensible no alcanzar la felicidad al contacto con aquellos cuencos.

Aprendía japonés en su escuela. Me hacía dibujitos de caracteres; el hombre en la casa, la mujer con el niño, el templo, etc.

Tenía un libro de fotos de Sophie Ristelhueber; vistas aéreas, campos de batalla y huellas de tanques en mitad del desierto. Repetía Es bonito mientras pasaba las páginas. Al igual que encontraba bonitas las grandes imágenes de Serrano tomadas en la morgue, las pieles quemadas, las heridas abiertas, las extremidades de cera, los pies de bebé vendados, una etiqueta enganchada en el dedo. Disfrutaba con la materia.

Yo no podía ver esas imágenes. En Roma, estaban expuestas en una galería. Yo intentaba expresar mi disgusto, pero él estaba tan seguro de sí mismo que no se le podía decir nada. Sus argumentos eran inamovibles. Siempre encontraba un ejemplo o una frase para desarmarme y dejarme sin respuesta. Un día estallé en sollozos por lo difícil que me resultaba expresar cualquier cosa. Me tomó en sus brazos con cara de decir pobre chica. Yo estaba contenta, a pesar de todo, de que me prestara su hombro: al menos eso había conseguido. ¡Bruno me abrazaba en plena calle! Cualquier desconocido podría ver ese gesto. ¡Cualquiera! Eso significaba que aceptaba mostrar al mundo hasta qué punto éramos íntimos.

Fue cenando en casa de unas personas cuyo nombre no recuerdo. Yo había

conseguido su número de teléfono por Françoise, la ex novia de un amigo. Tomamos un café juntas en una terraza, ella tenía algunos conocidos allí. En Roma me creí en la obligación de llamarlos. Nos invitaron por ser amigos de su amiga. Bruno era el único que hablaba puesto que había aprendido italiano en el instituto. Yo escuchaba e intentaba seguir la conversación. La chica había preparado unos entrantes de ternera y jamón. Me sentía molesta por haber ido allí, habían preparado una cena excelente. No teníamos nada especial que decir, aparte de hablar de Roma.

Él había alquilado una casa en vía Balilla, en el barrio de los travestís. Las pelucas flotaban en los colgadores. Se veían también corsés. Teníamos un problema con la ducha, porque los depósitos se alimentaban con el agua de la lluvia. Un hilillo de agua salía de la alcachofa, había que apañárselas con eso. Una mañana tardó en volver. Le pregunté: ¿ Qué tal? Me respondió: Mal. Era por culpa del agua: no quedaba ni una gota.

La noche que llegué salimos a cenar. El camarero dejó escapar un piropo en voz alta. Me dije: qué orgulloso debe de sentirse al estar con una chica que los demás encuentran guapa.

Algunas veces íbamos a comprar helados. La idea partía de él, yo nunca me atrevía, pero cuando él lo proponía siempre me parecía que era el momento acertado. Pedíamos una o dos bolas en una tarrina.

Un día, pedí praliné. A él, ese sabor le parecía horrible. Lamenté mi elección. Hubiera querido que le gustara, que picoteara de él con la cucharilla plana, que se lo terminara felicitándome de tanto como le había gustado.

Una noche teníamos que tomar el tranvía para volver a casa. Era tarde. El conductor del tranvía continuó su camino sin vernos y Bruno comenzó a trotar detrás con la vana esperanza de alcanzarlo. Yo intentaba seguirle casi sin aliento, asustada por las chispas y el crepitar de los cables. Aquello era inútil. El tranvía estaba lejos pero Bruno quería ganar. Él seguía al tranvía. Yo corría tras él.

En la x^[2] se alojaban de dos en dos. Era un pequeño estudio en un edificio de ladrillo con un ventanal que daba a la terraza. Había libros, cítricos, albornoces, envases de píldoras, paquetes de cartón y galletas La Bienfaisante.

Acabé por preguntarle si su amiga se iba a quedar para siempre, y me respondió que justamente le estaba buscando una habitación para alquilar en París. Me preguntó si yo conocía a alguien que tuviera alguna disponible. Se lo consulté a mi tía. Tenía una vecina cuya habitación^[3] estaba libre. Bruno escribió a esa señora para pedirle si se podía visitar. Le gustó. Estaba en el séptimo piso. Animó a la arpía a mudarse allí.

Estaba en la calle Gay-Lussac, frente a un convento de monjas. Desde la casa de mi tía, en el cuarto piso, se las veía cultivar el jardín.

Bruno guardaba naranjas y limones y los dejaba enmohecen Luego se sorprendía de que lo invadieran las moscas. Exclamaba todo el tiempo por teléfono: ¡Ah! ¡Mira una! ¡No sé de dónde salen! ¡Están dormidas! Intentaba cazarlas pero eran demasiado lentas. Le ponían histérico. Hasta el día en que comprendió que era por las frutas: eran drosófilas.

Una vez olvidó restos de cuscús en la olla exprés antes de marcharse por tres días. A su vuelta estaba enmohecido. Yo me decía: es enternecedor. Tiene la cabeza en la luna. Encontraba a las drosófilas enternecedoras.

Sentía mucho cariño por su abuela. Vivía en un HLM^[4] y preparaba pasteles tunecinos. Prácticamente se había criado con ella.

Bruno tenía una tía farmacéutica que trabajaba en la calle des Archives. Nos la encontramos una noche en el cine y nos presentó. Incluso me dio la mano. Cada mañana, de camino al metro, pasaba delante de su farmacia aparentando la que yo creía una imagen entre inteligente, amable, soñadora y natural. Cada día, tenía la esperanza de que me viera desde detrás del escaparate y que esa costumbre me hiciera existir poco a poco en su vida cotidiana. A fuerza de verme terminaría haciendo un comentario en familia sobre la amiga de su sobrino. La idea de que me nombraran en una cena entre los tíos y tías me hacía soñar. Habría pasado a ocupar un lugar privilegiado. Una vez entré, con el corazón a cien, para comprar un champú.

Su abuela le había dado una receta para las noches en las que no se tiene nada más que conservas y algo para hacer una salsa. Un bote de tomate concentrado y una lata de migas de atún mezclados con aceite. Me lo preparó en un bol pequeño. Era rojo, denso, dulce y repugnante.

Usaba una especie de zuecos con cordones, a veces negros, a veces marrones. Siempre bien limpios con betún. Era rarísimo que estuvieran manchados de barro.

Una noche que volvía de Tours me trajo unos dulces de su abuela en una caja de pastas de mantequilla. Los llamaba «montecaos»^[5]. Decía que ella le había enseñado a hacerlos y que también le había dado la receta de muchos otros dulces.

Le propuse que me acompañara a una fiesta. Era la primera vez que él veía algo así. Ya había advertido alguna vez sombras de personas moverse tras las ventanas, pero sin observarlas de cerca. Todo le parecía extraño. El hecho de que haya amigos que se reúnan para escuchar discos, que coman patatas fritas, que beban vino, que bailen, que hayan apagado las luces.

Yo intentaba explicarle que es divertido estar treinta metidos en un apartamento. Me hubiera gustado que me invitara a bailar. De vez en cuando señalaba a una chica o a un chico como si estuviera apuntando con el dedo a unas criaturas extrañas. Me preguntaba si los conocía. Yo respondía: No... No mucho.

Una noche estábamos invitados a casa de Mónica, una italiana que acababa de conocer y que vivía en la calle Labat. Para salir, me había puesto ropa de vestir, medias negras y zapatos de punta cuadrada.

Llamé a Bruno para darle la dirección, se rió al oír el nombre de la calle. Yo estaba orgullosa de tener amigos en la calle Labat^[6]. Imaginaba por ello que le gustaría conocer a Mónica pero, al parecer, él no estaba muy seguro de venir.

Un invitado: ¿Qué hace?

Yo: No sé.

Mónica: Qué raro.

Yo: Hummm.

Me hubiera gustado que al final llamara al timbre. Por culpa de todos esos contratiempos yo quedaba siempre como la tonta que se inventa películas.

Al día siguiente, Bruno me contó todas sus desventuras. Unos policías neuróticos habían querido verificar los papeles de su coche pero él los había olvidado en alguna parte. Se había mostrado amable, cordial y cooperador, pero los agentes encontraron su actitud sospechosa. Aquellos paranoicos lo habían maltratado y lo habían llevado a comisaría donde se encontró en un despacho con luz de neón. No tuvieron ni un ápice de compasión por su palidez y su piel descolorida por tanta desesperación. El pobre había pasado toda la noche allí encerrado.

No había conseguido convencerlos pese a su buena fe. Yo estaba furiosa con aquellos imbéciles.

Otra vez habíamos quedado y lo estuve esperando. Venía con su coche, pero cuando paró a echar gasolina, un tipo le atacó, dando un puñetazo en el techo del Honda. Bruno respondió con calma y propuso un arreglo amistoso. El tipo, que no entendía de buenas maneras, cogió un pedrusco para rayarle el coche. Bruno quería ser correcto pero era muy difícil discutir con un loco. Gesticulaba fuera de sí, como buscando pelea. Aun así, Bruno intentó no ponerse nervioso, pero obtuvo el efecto contrario. El otro le preguntó con desprecio si se creía el Zorro. De forma que terminó volviendo a casa con un humor de perros, prefirió volverse antes que llegar tarde.

Le llevé al Petit Keller, un restaurante de la calle Keller que servía sopas en boles de Duralex. Quedó subyugado de inmediato por aquel lugar. El escaparate estaba protegido de las miradas por un visillo transparente, tenía un papel pintado de

bambúes. Nos sentamos cerca de la entrada, frente al bar. Había un grupo de pintores en mono de trabajo comiendo y tomando cañas. A Bruno le parecieron geniales. Incluso se levantó para hablar con ellos.

Los veía como simpáticos personajes. Una especie de figuras animadas. Les propuso ir a filmarlos a la obra.

Los obreros no estaban entusiasmados con la idea. Me dio una cita en el andén del **rer**, línea **A**, para ir a contemplar juntos los campos de coles de Val d'Oise. Habíamos acordado el día tiempo atrás. Lo consideraba un entorno fabuloso para rodar.

A la hora fijada yo estaba plantada en el andén de la estación. Temía que él se olvidara o que hubiera modificado su plan.

Quizá estaba enfadado porque no habíamos confirmado la cita. Podía haberle surgido un problema para venir o haber cambiado de opinión por culpa de algún impedimento.

Pero finalmente lo vi aparecer por un pasillo de transbordo con una bolsa de plástico en la mano.

Fuimos hasta Houilles, donde había un puente en construcción. Cruzando el túnel excavado bajo la estación conseguimos encontrar el paraje que se veía desde el tren. Eran campos de tierra arcillosa cruzados por líneas eléctricas, un solar en obras, tubos de andamiaje, vigas y una caseta de *onduline*. Debíamos caminar sin destrozar las coles. Paseamos con aquel frío, observando el cielo azul y disfrutando de la calma. Bruno tomó algunas fotos. Un hombre vestido con un mono verde atravesó el cuadro. Era exactamente lo que él había venido a buscar.

Después me anunció que se volvía a casa. Por lo tanto, yo también volví a mi casa.

Tenía pensado darle una sorpresa a la vuelta en el **RER**, pero tenía que actuar rápidamente antes de llegar a Châtelet. Buscaba el mejor momento para dársela. Había que evitar las paradas, la apertura de puertas, las subidas de pasajeros, los anuncios de los altavoces... Sólo podía suceder en mitad de un túnel. Le alargué mi cartera. Eran las llaves de mi casa, para que pudiera venir en cualquier momento y se sintiera como en su casa. Se rió, un poco confuso. Las metió en el bolsillo. La parte de arriba de su pantalón de pinzas se abombaba al estar sentado. No hicimos comentarios. Parecía estar preguntándose por qué le daba una copia. Tuve la impresión de haber metido la pata.

Vino solamente una vez estando yo ausente, para dejar un regalo. Era un libro de

pastas naranjas, muy especial y difícil de encontrar. Me había puesto una dedicatoria con el dibujo de un limón extenuado tras haber recorrido todas las librerías de Saint-Michel. La bolsa estaba un poco más allá, y en un rincón el ticket de compra.

Hablamos de salones de té famosos. Él no conocía Angelina más que de oídas y me citó allí (yo tampoco había ido nunca) para tomar chocolate.

Era dulce y cremoso. Servían además un tarro de galleta con nata montada y dulces para elegir. Era complicado servir el chocolate. Había que inclinar el recipiente 135 grados para que saliera un hilillo denso. En la bandeja se ofrecía un ejemplar de cada pastel. Bruno pidió un *fondant* y yo una tarta de chocolate para no hacer lo mismo que él. Ese maridaje tan chocolateado nos revolvió el estómago.

Otra vez, lo llevé a una tienda de comestibles de la calle Saint-Antoine. Compré unas cremas catalanas y queso St. Marcellin. Llevamos las compras a mi casa y yo extendí el mantel.

Sacó los paquetes uno a uno, los abrió, palpó la corteza hinchada y enmohecida como diciendo *existes*. El queso estaba allí, agazapado en el fondo de la tarrina negra. Bruno comprobó su presencia con una simple presión del índice. Seguidamente abrió la corteza y apartó un pedazo. Engullimos la crema untuosa. Al final quedaban los postres. Tuve la misma sensación que en Angelina, demasiado cremoso y demasiado pesado. Pero no podía evitar compartir sus experiencias.

Habíamos comprado cacao en polvo para diluir en agua. Una mañana puso una cazuela al fuego después de darse una ducha hirviendo. Una amiga apareció por casualidad. Yo estaba encantada de recibirla en aquel ambiente vaporoso, las cortinas aún sin correr y con olor a pastel.

Una tarde, me había citado en un café cerca del Jardín del Luxemburgo. Al cabo de una hora empecé a temer que le hubiera sucedido algo, que me hubiera llamado a casa para avisarme. (Fue antes de la aparición del móvil.) Miré por todas partes, me repetí palabra por palabra todas las indicaciones que le había dado, verifiqué los datos, tomé el RER en sentido opuesto con la esperanza de encontrar una explicación a la vuelta.

A menudo le ocurrían cosas raras.

Una noche, ya tarde, me informó de que le habían elegido para desfilar ^[7] al día siguiente en la plaza de l'Etoile. Le habían convocado a las seis de la mañana junto a otros tres alumnos con motivo de una conmemoración: no recordaba cuál ni quería saberlo. Estaba furioso por tener que levantarse tan temprano y exponerse a las corrientes de aire. Debían llevar uniforme. Preferí que nos viéramos allí antes que anular nuestra cita. Para localizarle, me dio como referencia la llama del soldado

desconocido: yo me puse el abrigo rojo para que pudiera ver una mancha a lo lejos. Estudié el monumento, me fijé en cada cabeza, acaricié el conjunto. Ni tan siquiera distinguí los bicornios. Volví a mi casa muy intrigada por aquel nuevo infortunio.

En un café, me dibujó en un sobre de azúcar a un alumno de la Escuela Politécnica. Me sorprendió la posición del sombrero; lo había imaginado en el eje contrario, con los cuernos sobre las sienes. Observé su pantalón sobre el asiento del coche, era negro con un galón rojo de arriba a abajo.

Antes de dormir, extendía los pantalones en el suelo sin doblarlos. En plano, las perneras posadas en el suelo parecían más anchas. El las separaba ligeramente respetando el patrón. Las dos dimensiones daban una impresión deformada de su talla; las piernas parecían rechonchas a causa de la marca del muslo, que habitualmente se percibe de forma cilíndrica.

O si no, ponía una pernera sobre la otra, y sujetando los pantalones por la cintura los colocaba en el borde de la cama.

Tenía la costumbre de acortar las palabras (p > 3 sílabas). Decía el télef, el súper, la carre, la calef, la biblio, la mani (por manifestación), Mari O (por Marie-Olivia).

Después de tres semanas enteras sin vernos, yo tenía la esperanza de que el siguiente fin de semana estuviera menos ocupado. Había estado trabajando mucho, había estudiado Física, conocido chicas nuevas, elaborado algunos problemas. Había acariciado algunas ideas de Estética. Pensé que tal vez podríamos encontrar un momento para salir, pero me dijo que se iba al festival de Ginebra. Parecía feliz. Nada le importaba más. No me atrevía a llorar ni a susurrar hasta qué punto estaba decepcionada, no me atrevía a protestar por miedo a que el arrepentimiento me estrangulara. Tenía vergüenza de parecer débil. Estaba decidida a decir sí, a comprender sus ganas de soledad. Temblaba de sólo pensar que me tomara por tonta. Me comporté con el mismo ánimo de siempre. Compró su billete para Suiza.

Fui a su encuentro en coche. Me recibió con un abrazo. Le regalé un pensamiento amarillo arrancado de un parterre.

Tenía miedo de que me viera como la típica romántica que deshoja margaritas. Quería desaparecer para no molestarle, desterrar mis edulcorados sueños de jovencita, diluir el exceso de rojo primario hasta la transparencia. Tenía la fantasía de volverme como él, su doble en femenino, que encontrara en mí a la persona que apoya y comprende sus antojos.

Me mostraría de acuerdo en todo. Estaría asombrado de haber encontrado una personalidad semejante.

Durante las proyecciones, le observaba por el raballo del ojo con la intención de conocer su opinión sobre las películas.

Espiaba sus reacciones: risas ahogadas, suspiros, cambios de postura, bostezos, gestos nerviosos, muecas burlonas, notas tomadas con esmero en su libreta.

Llevaba siempre una libreta de 10,5 x 15 fabricada por él mismo, en la que escribía con gran limpieza, con bolígrafo, sin tachones ni borrones. La tapa era azul cielo, de gramaje superior al del papel, dividida en dos por una frase vertical: la fecha de primera utilización con un número, todo ello perfectamente alineado en el centro.

En ocasiones, soplabá por la nariz como para expulsar una pelusilla parásita. *F fffff fffff fffff.*

Me esforzaba por adivinar el porqué de ese movimiento de aire: no sabía si la causa era la impaciencia, un tic, o si un cuerpo sólido estaba efectivamente bloqueado en el interior de su nariz.

En el cine, a oscuras, se giraba hacia mí y yo volvía la cabeza hacia él. (Era siempre en ese sentido.) Me dirigía una mirada cómplice, guiñaba un ojo o llenaba las mejillas de aire como un flautista. Veía su nariz brillar con el reflejo de la luz de la pantalla. Y maldecía mi lento cerebro, incapaz de descifrar el misterio de sus sonrisas con mi instinto. ¿Me quería decir *es genial* o *menuda tontería*?

A menudo yo añadía gestos de connivencia. Incluso ponía cara de entendida, como diciendo *lo he cogido*.

Muy al principio, tras la segunda cita, encontré un mensaje al llegar a casa: un fragmento de canción del segundo disco de Bobby Lapointe, *Salchichón de caballo n°2*.

La recuerdo así:

*Se lo digo de corazón
mirándole a los ojos,
acompañeme a Colonia,
no haga que me apene (de caballo).*

Pero la verdadera letra es:

*Se lo digo de corazón (de caballo)
mirándole a los ojos (de caballo),
acompañeme a Colonia (de caballo),
no haga que me apene (en Alemania).*

Las claras líquidas se espesaban a punto de nieve. Era el momento de lanzarse. Ahora o nunca. Salté sobre el andén del metro. Le besé diciéndole adiós.

Después, una serpiente acorazada, un gusano largo y móvil con mandíbulas batientes. Era el Yeti. Se abalanzó para engullirlo.

El monstruo me lo arrebató para llevarlo lejos, a un recodo de su intestino.

En otra ocasión, quise acompañarle, volver a casa con él. Esperaba que me invitara a dormir. Era tarde. Habíamos tenido una cita cine & cena. Esperamos a **MONA o NORA** en el andén.

Yo: ¿Puedo ir?

Él: No.

Hice intención de subir en el vagón pero me lanzó una mirada severa. El RER iba a arrancar. Intenté insistir, pero fue No y no.

En otra ocasión, él me había invitado. Yo estaba en su casa, en la bañera. El teléfono sonó *rrring rrring*. Era ella. Él hablaba en voz baja para tratar de disuadirla con tono suave y severo. Ella quería venir. Hablaron en murmullos largo rato. Yo no me atrevía a moverme en el agua para evitar las olas, no me movía en absoluto. Ella no tenía que saber que yo estaba allí. Colaboré en la mentira del Agrio.

Me regaló una tarjeta manuscrita retocada: un pergamino crema, cubierto con un texto a bolígrafo y un toque de lápiz de color amarillo, *El temor de El Agrio* en letras negras y temblorosas, me inquietó. Era un título sensacionalista. *Thriller*, terror, carne de gallina...

Un hombrecillo-limón coloreado, precisaba. Bueno, no exageremos... Mejor digamos **EL TEMORCILLO**, sin más.

Aquello partía de una cita (Hay una hermosa frase...) para llegar a la máxima nº 2: Hago de la independencia o al menos del máximo de independencia la condición y la garantía de un amor incondicional y sin garantía.

Era el reglamento.

Quería revisar ciertos puntos. Según su texto, se trataba de vernos menos, de guardar las distancias y de aumentar las libertades. Peleaba por una mayor autonomía, por un alejamiento al 100%, se posicionaba contra el encadenamiento del hombre libre a la mujer adhesiva. No era admisible dejar correr rumores de que

estábamos formalmente *juntos* o este tipo de ideas. El máximo de independencia ofrecía una flexibilidad absoluta y reducía las posibilidades de ruptura. Ni se corrían riesgos ni había obligaciones.

Yo le guardaba envoltorios de naranja; Midinette, Elle et Lui, Toi et moi, etc.

Él elegía algunas pegatinas de mandarinas y las pegaba aquí y allá en su mesa, en la nevera. Tenía algunas de Mademoiselle.

Tras pasar dos días pulsando la tecla bis (de vez en cuando tecleaba el número completo, por aquello de variar de método), decidí irme a una fiesta de inauguración de un piso (= multiplicar x 3 la angustia de que llamara cuando yo no estaba en casa). Sujetando el aparato entre las rodillas continué con mis tentativas: tal vez funcionaba mejor desde otro teléfono (?). Hacia las once, me contestó su voz al otro extremo. Había tenido un percance: estando en la cama, el teléfono comenzó a sonar. Tuvo un sobresalto y corrió a descolgar pero de camino, se golpeó un dedo del pie contra un mueble. Seguramente pensó que era yo. Se precipitó, saltó de alegría. Tomó tal impulso que se destrozó el dedo. Me hizo la descripción completa: primero le dolió mucho y se apresuró a llamar a su padre. Éste dejó lo que estaba haciendo, saltó al coche y llegó a toda velocidad. Frenó en seco a la puerta del edificio, subió las escaleras como un cohete, se abalanzó dentro, recogió a su retoño, volvió a bajar, atravesó la puerta abierta del portal (la puerta de cristal), tiró al Agrio dentro del coche y arrancó de inmediato. *Yiiiiiiiiiiiiiii*. Él miraba la carretera con ojos febriles, sus pupilas centelleaban, las ruedas chirriaban, los neumáticos echaban humo, rompió la barrera de control y frenó bruscamente en el servicio de urgencias. Unas enfermeras provistas de una camilla extendieron al herido. Un auxiliar le puso una inyección para calmar el dolor.

Tenía el hueso roto en mil pedazos. No se podía hacer gran cosa: cruzarse de brazos y esperar a que soldara.

Yo hubiera querido que me eligiera para llevarlo al hospital.

Me habría dado prisa, me habría quedado a su lado, habría hecho todas las gestiones, habría rellenado todos los papeles, habría comprado chocolate y periódicos. Pero su padre vivía en la misma ciudad y tenía un coche grande. Eso significaba compañía y trato privilegiado.

Tuvo que quedarse varios días en casa. Estuvimos obligados a esperar un poco a que se curara.

Otra vez, no pudimos vernos porque estaba con gripe. No tomaba ningún medicamento. Se quedaba en la cama, con la manta tapándole la nariz, el ceño

fruncido y la cabeza baja, en alerta, los ojos paseándose de izquierda a derecha. Esperando a que los microbios se marcharan.

Propuse ir a verlo pero no quería bajo ningún concepto contagiarme su virus.

Entre todos los objetos amontonados había tubos azules de homeopatía, magnesio, preparado cobre-oro-plata, cajas de ampollas. Metía semillas y legumbres secas en frascos que iba guardando, frascos de mermelada, de alimentos para bebés. Me envió unas lentejas naranjas en una hoja de papel reciclado doblado en ocho y precintado con un sello. Las había comprado en una tienda de alimentación para hacer un guiso. Le parecían bonitas: eran como un poema. Únicamente había escrito la fecha con lapicero.

Otro día recibí peladuras de cacahuete de color violeta.

Después, cáscaras de mandarina.

Después, judías pequeñas de color negro y blanco.

Recuerdo la alegría de recibir una carta y la esperanza de encontrar en ella algunas letras.

La primera vez, me quedé muy intrigada por aquellas peladuras de cacahuete.

Recibía mensajes inquietantes, un tipo con la voz muy ronca hablaba de su pastor alemán, le advertía que más le valdría tener cuidado, que su perro iba a triturarle con sus colmillos y haría una verdadera carnicería. Que le mataría con sus pezuñas y se lo comería de un bocado, le iba a atacar por sorpresa, le iba a dejar la cara bonita y otras maldades. ¿Era una broma o un verdadero chalado? Por seguridad más valía tomárselo en serio. El malvado no dejaba ni nombre ni señas. El Agrio no imaginaba en absoluto quién podía ser.

Poco antes de Navidad, se fue a la región de Tours para ver a su familia. Llevaba bombones Richart, cubitos de chocolate relleno, con rayas negras o beis indicando su sabor (aparecían en un librito impreso con nombres como Sinfonía, Melodía, Escapada, Almendrado, etc.), para sus primos, a quienes sólo veía una vez al año. Yo no sabía con exactitud cuándo tenía previsto volver. Calculé una semana, nueve días, once días, luego dos semanas. Debía de estar disfrutando, seguramente se había reencontrado con sus tías y tíos y había decidido aprovechar. Una vez pasados los quince días, cada mañana me decía: ¡hoy! Por la noche me decía: ¡mañana! Seguro que se había vuelto a marchar de viaje. O bien estaba trabajando y esperaba a tener algo de tiempo para llamarme. Un día, para mi sorpresa, recibí un mensaje. Imitaba la voz de un misterioso justiciero enmascarado: **A nuestros amores**, ocho de la tarde, cinemateca Chaillot. Me presenté en Chaillot a las ocho para ver **A nuestros amores**.

Una vez sentados, me dio un juego de cartas no más grande que un cubo de caldo

concentrado Kub, al que había añadido dos **jokers** hechos a mano. Había recortado rectángulos de papel del mismo tamaño y había dibujado con lápiz negro un retrato suyo disfrazado de limón.

En su caricatura de limón se ponía cejas gruesas, una gran nariz y papada.

Era fan del Pepino Enmascarado, y por respeto a su héroe nunca comía pepino.

Le agradaba el sabor del agua del grifo y el olor a contaminación. A veces, cuando se sentía un fuerte olor a escape de gas, me decía: Me gusta.

Tengo el recuerdo del viaje de vuelta tras un fin de semana en Normandía. Caían gruesos copos de nieve. Era invierno, los campos se vestían de blanco y nos castañeaban los dientes. Yo había puesto a tope un radiador eléctrico que olía a nuevo y a plástico quemado. Habíamos paseado por la zona del puerto. Bruno había comprado quesos Livarot. El viaje de vuelta fue lento por el mal tiempo: había hielo en la carretera. Nos quedamos bloqueados en medio de la niebla. Se volvió hacia los quesos que reposaban en el asiento trasero y admiró su calma: aquellos benditos no se alteraban jamás, felices e inconscientes de la situación. No teníamos más que imitarlos. Bastaba con imaginar que éramos camemberts y permanecer impasibles.

Hablaba de ellos diciendo **ellos**. Nuestros camaradas lácteos no abrían la boca. Mantenían la calma.

En los bares para pedir lo mismo que otra persona, nunca decía otro o yo también. Aprovechaba la ocasión para reflexionar sobre lo real.

Alguien: ¡Un café!

Bruno: Lo mismo, pero otro diferente.

Escribió una película, un cortometraje que se desarrollaba en el césped de la x. Yo me encargaba del atrezo y todo lo que hubiera que transportar en coche. Necesitaba un aparato de radio, una tabla de madera en la que se vieran bien las vetas, platos de cristal blanco, cubiertos de cocina, un cuchillo de metal como los de las cárceles (más tarde supe que era una referencia a la cuchara de **Un condenado a muerte** un hornillo de gas para colocar en mitad del terreno, bolígrafos de colores, un cuaderno cuadriculado, azucarillos, etc., etc.

En el guión una niña cortaba en dos una mariquita. Había que encontrar a la niña y a los bichos donde Dios diera a entender. Mis investigaciones me llevaron al parque floral de París, en Vincennes, donde me recibió una señora. Tuve que explicarle que buscaba mariquitas para un rodaje, cuidándome de no describir la escena. Apuntó mi número de teléfono. Dos días más tarde, me dejó un mensaje, vocalizando: DE ACUERDO PARA LO DE LAS MARIQUITAS. Acudí corriendo al día siguiente. Un

jardinero con bata las aspiró con un tubo y las colocó dentro de una caja que había que guardar en el frigorífico, en el cajón de las verduras. Con sacarlas una media hora antes para que se despertaran, era suficiente. El jardín tenía su propio criadero porque son el mejor método contra los pulgones. En aquella estación invernaban al fresco.

Para la chiquilla, pensaba en la de la hermana de un amigo, Ángela.

Su abuelo debía venir al rodaje para decir un par de frases. Yo estaba impaciente por verle. ¿Se parecería a Bruno en más viejo? Me preparaba interiormente para estrecharle la mano antes de entablar una conversación apasionante. De repente, un septuagenario de cabellos blancos atravesó el césped. Supe enseguida que era él. Esperé desesperadamente a que Bruno nos presentara pero finalmente no lo hizo. No tenía humor para presentaciones. Nadie supo quién era quién entre las personas del equipo.

No era su fuerte. A veces, cuando estaba con él, se encontraba con algún conocido y se ponía a charlar como si estuvieran solos. Yo me quedaba a un lado como una buena chica.

Para una de las secuencias quiso usar un cazo. En la cocina había todo tipo de utensilios que podíamos utilizar. Para ello debíamos pedir permiso a un tipo embutido en su uniforme. Pero éste no veía la razón para usar un cazo con otro propósito que el de servir la sopa. Decía: No es no. Hacía lo posible por fastidiarnos. Sin embargo, Bruno adoptaba sus mejores maneras. Le decía: ¡Vamos, señor! Pero era perder el tiempo: además de malo era imbécil.

Yo pasaba el día jugando a los Pitufos y a Barbapapá con la pequeña Ángela.

Después, el abuelo dijo sus frases. Fui a buscar las mariquitas y entreabrí la caja. Llevamos a escena la secuencia del asesinato sobre la tabla con las vetas visibles. Hacía frío. Luego, la niña tenía que correr con una pistola de agua en la mano.

Al final del día llegó mi rival (ella aún existía). Se había pintado los labios (seguramente para seducirle). Bruno me preguntó: ¿Puedes acompañar a Ángela?

Recogí todas las cosas, el jersey, la cazadora vaquera, los Pitufos, la plastilina y llevé a Ángela a casa.

Me hubiera gustado quedarme más fresca que una lechuga, pero era difícil.

El resto del rodaje debía hacerse con un equipo muy reducido. No merecía la pena que yo volviera. Podría ver el resultado en la sala de proyecciones. Habíamos quedado para ver las pruebas. Esperé en el vestíbulo, incómoda en uno de esos sofás de espuma. De repente apareció por un pasillo (nunca llegaba por donde yo esperaba), con un sobre de plástico en la mano. Me saludó sin tocarme, con cara de

preocupación; era el típico lugar donde uno no se daba besos para saludarse.

Teníamos que esperar a que el proyccionista nos llamara. Bruno estaba intranquilo. Dijo: Es como en el paritorio. Yo no necesitaba más para que mi corazón de quinceañera comenzara a latir a toda prisa. Mi proyector de sueños se pone a funcionar de inmediato: los técnicos que transitan los pasillos con la claqueta a la cintura se convierten en enfermeras vestidas de azul con aspecto amable y tranquilizador. Las mujeres se transforman en comadronas, las secretarias llevan un gorro esterilizado y cartillas de salud, los realizadores visten batas verdes y mascarilla. Bruno se come las uñas, sin afeitarse, con un ramo de rosas a su lado esperando que vengan a llamarlo (se sobreentiende que yo hago el papel de mamá).

Ya habíamos venido antes a esta escuela de cine donde un amigo llamado Sébastien montaba un cortometraje. Como era de noche, habíamos quedado en la puerta de servicio, porque la puerta que daba a la avenida ya estaba cerrada. Bruno llegó casi a la hora, pero escoltado por *ella*. Un buen día acabé exponiendo una queja. Me explicó que su amiga era frágil, que estaba triste y que sufría.

Cuando iba a casa de mi tía, temía cruzármela por la escalera. Mirando los buzones, vi que él había añadido su nombre. En mi opinión, debía de ser para las multas. Era buena idea tener una dirección falsa.

Él había leído en una revista para consumidores que existía un truco para evitar pagar las multas. Bastaba con recopilar unas cuantas de otros parabrisas, añadir las propias y enviarlas a la oficina de pagos sin ningún escrito. Tenían la obligación de anularlas. Así que, cuando pasábamos por una calle donde acababan de pasar los municipales, él arrancaba todas las notificaciones para guardarlas en caso de necesidad. Decía también que se puede firmar un cheque en un papel en blanco. Basta con anotar la cantidad a pagar y el número de cuenta (siempre que uno lo sepa de memoria).

No necesitaba escribir los números de teléfono, los recordaba sin más.

Era un caradura. En cuanto le llegaban noticias de una fiesta, de una inauguración o de un estreno, siempre se las apañaba para entrar sin invitación: inventaba un montón de historias tan enrevesadas que los vigilantes no se atrevían a pedirle que lo explicara de nuevo. Se deslizaba aquí y allá, comía cumplidamente y abría las pilas de catálogos. Habría protestado sin pensárselo dos veces si alguien le hubiera llamado la atención: ese alguien se habría sentido apabullado. Un día me propuso ir a un debate sobre el centenario del cine en la sala grande del teatro Odéon. Sólo se podía entrar con invitaciones personalizadas. Los vigilantes no cedieron ante sus reiteradas peticiones. Se acercó a uno de ellos y simuló una crisis de ansiedad, preguntó dónde

estaba la salida de emergencia en caso de inundación o de temblor de tierra. El tipo le enseñó una puerta disimulada que daba a los pasillos de evacuación. El Agrio no se lo pensó dos veces y se coló por allí.

En los restaurantes, cuando quería sentarse en un rincón ya reservado, se acomodaba allí y quitaba el cartel. En caso de queja bastaría con afirmar alto y fuerte que no había ningún cartel. O bien lo dejaba puesto y aseguraba que él había reservado por teléfono.

En lo alto de una de sus estanterías, tenía colocada una colección entera de la Pléiade. Los había robado uno a uno en la Fnac, hasta que lo pillaron. Aquel día, un guardia de seguridad lo persiguió, él abrió dócilmente el bolso y devolvió el volumen con una sonrisa *fairplay* que venía a decir ***bravo, qué inteligente es usted.***

Una noche, llegábamos tarde al teatro. El reloj de los pasillos del metro marcaba las ocho y media y aún nos quedaba un buen trecho para llegar. Echó a correr como un conejo, yo le imité, vi pasar a toda prisa estanterías con flores y tiendas, sujetando mi bolso en bandolera junto a mi cuerpo para que dejara de rebotar. Pero era demasiado tarde. Detrás de la ventanilla, una señora contaba cheques y dinero. Nos rogó que aguardáramos sin molestar, había que esperar hasta el entreacto. Bruno aplicó su método de cliente pesado que tiene siempre la última palabra. Rebatí sus argumentos, contestó a las razones, echó por tierra su discurso y consiguió socavar su entereza. La mujer se puso roja, estaba apunto de explotar. Nos dejó entrar echando sapos y culebras por la boca.

A la salida, me dijo lo que pensaba del espectáculo:

El: ¡No ha estado nada bien!

Yo: Oh, muy mal.

Le atraían las cocinas de los restaurantes: las luces de neón, los armarios metálicos, el ambiente de laboratorio, el brillo del linóleo, las cocinas de gas, el azul deslucido, el verde pistacho, el acero inoxidable, los pucheros, los recipientes. Los ingredientes, las hierbas, las peladuras de patata, la espuma del agua hervida, la sangre que gotea de la carne cruda, el crepitar de la plancha, la manteca de la carne, la consistencia del caldo, la humedad de las verduras cortadas en juliana.

La mantequilla, la viscosidad de los huevos, el vaho sobre el cristal. Pedía permiso para entrar o se colaba por la puerta trasera. Hacía un montón de preguntas a los cocineros sin amilanarse por el poco entusiasmo que mostraban algunos para hablar del trabajo: continuaba sus investigaciones sin perder detalle, exigía algo más que respuestas rápidas, tomaba notas, escribía recetas.

A veces me ponía en el lugar de esas personas y me preguntaba: ¿quién es este

tipo?

Había hecho fotos en las cocinas de la escuela, se veía una manguera de color naranja enrollada.

Había rodado allí una secuencia de su película, el personal llevaba sombreros de papel.

Un día extravió el guión en un pasillo del RER. Debía de haber dejado olvidado el bolso sobre un banco.

Había un largo camino hasta su casa en Palaiseau. Se atravesaban zonas de viviendas unifamiliares.

Al principio, las paradas eran subterráneas y la temperatura se mantenía constante, aún no había corrientes de aire helado en los vanos de las puertas ni de viento a través de las ventanas cerradas. Se podían ver los rostros reflejados gracias a la oscuridad de los túneles. Bruscamente el tren asomaba al exterior: se sucedían las fachadas de revoco, de piedra moleña, de cemento, las instalaciones deportivas, los cobertizos de bloques prefabricados. Los andenes se veían desiertos, las paredes de cristal encerraban hileras de asientos y anuncios publicitarios: una óptica, el peluquero del barrio o un curso de dibujo. Había que bajarse en Massy-Palaiseau, llamarle desde la cabina de tarjetas al lado del semáforo, después de pasar la oficina de Correos, dar la noticia (he llegado), pasar el puente sobre las vías y esperar en una carretera invadida por la hierba. A veces tardaba en llegar. Enfrente había un bar vacío, el único local iluminado por la noche, jugadores de máquina de petacos y algunos jubilados violáceos. Al llegar a la entrada del campus, el hombre de la garita levantaba la barrera pintada a rayas. Aún estábamos lejos del edificio, los faros amarillos iluminaban el césped y la carretera, un ejército de conejos saltaba en todas direcciones.

Uno podía también bajar del tren en Lozère, pero entonces había que subir atravesando el bosque. Un día que él tenía que salir temprano de viaje, tomamos ese camino entre tinieblas. De una avenida asfaltada se pasaba a un sendero embarrado, después a una escalera irregular tapizada de agujas de pino. Las hojas del otoño casi nos hicieron caer rodando. Bruno llevaba su maleta negra. Descendimos por los escalones de piedra y por la tierra húmeda hasta abajo. Era la hora en punto del RER de las 6:05. Más tarde, cuando ya conocía el camino, volví por allí un par de veces.

La primera vez fue a causa de un prolongado silencio. Intentaba convencerme, diciéndome: la falta de noticias son buenas noticias, pero en el fondo sentía que la falta de noticias = tristeza e inquietud. Tomé el RER y ascendí la cuesta. Una vez

arriba, se llegaba por fin a un césped verde y bien segado. Me acerqué al edificio temiendo que pudiera verme desde la ventana. Intenté no parecer demasiado nerviosa. Miré en su buzón, estaba lleno de publicidad. Vi también sobres escritos a mano, facturas. Subí las escaleras sin hacer el más mínimo ruido, aquel olor a linóleo y a prefabricado me mareaba, llamé a la puerta pero no había nadie. Al parecer estaba de viaje. ¡Qué alivio! Entonces era eso...

La segunda vez fue a causa de un prolongado silencio. La crisis de nervios llamaba a la puerta. No tenía noticias pero sabía que estaba allí. No paraba de llamarle por teléfono: o comunicaba o sonaba como si no hubiera nadie. Yo dejaba mensajes que quedaban sin respuesta. Aquello empezaba a ser demasiado. Fui allí, subí la colina resoplando, dando gracias por no encontrarme con gente normal limpiando el jardín o regando las plantas. Llamé a la puerta, **toe, toe, toe** (se oía ruido adentro). El preguntó: ¿Quién es? Respondí: Soy yo. Abrió con su albornoz de felpa azul y la vi en segundo plano, con el suyo verde oscuro. Parecían confusos, como pillados con las manos en la masa. Todo se aclaraba también para ella (¡entonces era eso!), Bruno llevaba puestas sus zapatillas de escay.

Más tarde me preguntó con aire avergonzado si le perdonaba. Le contesté inmediatamente que sí.

En el cuarto de baño, sobre las baldosas de linóleo, acumulaba una pila de rectángulos de cartón sacados de los paquetes de papel higiénico de color rosa. Escribía cosas en ellos, especialmente por el lado rosa.

Las paredes eran muy delgadas, como de papel. Los tabiques estaban huecos.

Una noche, la chica del albornoz verde tampoco pudo más. Se encerró en la ducha y amenazó con suicidarse.

Los lunes por la noche nunca estaba en casa porque iba al cineclub. La instalación telefónica y el sistema de contestadores automáticos eran desastrosos. Cuando hablábamos por teléfono, nuestra conversación era interrumpida cada cierto tiempo por una música de cacería y una voz femenina narrando la historia de la escuela. Ese disco odioso se ponía a desvariar, se conectaba automáticamente y había que llamar diez veces antes de poder continuar.

Un día me citó en el cine. No lo vi, esperé y después me fui. De hecho había comprado la entrada según llegó y había entrado en la sala sin esperar.

Otra vez, quedamos para una sesión matinal. Habíamos acordado la cita diez días antes. Los diez días pasaron sin noticias ni mensajes, pero era reconfortante poder confiar en una fecha.

El hecho de haber intercambiado libros me tranquilizaba: un día u otro querría recuperarlos o devolverme los míos. Sería una oportunidad para vernos (en el caso de que le perdiera la pista).

Algunas veces, miraba al teléfono de forma insistente esperando que reaccionara, pero el condenado no se decidía a sonar. Comprobaba que estaba bien colgado.

Una noche vino de improviso. Fue por su cumpleaños. Yo le había llamado para felicitarle y tres cuartos de hora más tarde llamaba a mi puerta. Un impulso apasionado le había hecho desafiar el frío y la oscuridad de la noche.

Años más tarde, también pasó por casa una vez, de improviso. Estaba dando una vuelta por el barrio.

Un día, me aseguró que vendría a pasar la noche conmigo. Salí a hacer unos recados y compré relámpagos de chocolate y de café porque me había dicho poco antes que le gustaban mucho. Sería una buena sorpresa. Me quedé en casa tranquilamente para estar allí cuando él llamara, pero se hizo excesivamente tarde y la habitación quedó a oscuras. De repente me obsesioné con la idea de que hubiera llamado antes, mientras yo estaba afuera haciendo cola en la tienda de esa panadera lenta y torpe que tardaba una eternidad en atender a los clientes. Evidentemente creía que así se ahorraría un sueldo más los impuestos correspondientes, prefería hacerlo todo ella sola, pero haría mucho mejor contratando a una chica, al menos el servicio sería más rápido. Seguro que en aquel momento él estaba bloqueado en algún lugar o buscando a toda prisa una cabina que funcionara, o haciendo notorios gestos de impaciencia a algún hablador pesado experto en el arte de hacer como que no se entera. Tuve el presentimiento de que todo estaba perdido. No iba a venir. ¡Eso fue lo que me dije!

Su escuela preparaba un viaje a Japón y él se apuntó para los dos meses de verano. Me anunció eufórico su viaje. Yo esperaba que el hecho de irse tan lejos le asustara, que lamentara irse solo, que dudara por un tiempo antes de decidirse, pero no parecía ser el caso. Sus ojos brillaban, sus manos temblaban, su voz vibraba. No tendríamos recuerdos en común, pero yo podía compartir su impaciencia.

Allí, tendría que asistir a algunas clases, pero también disfrutaría de mucho tiempo libre.

Tenía que comprar regalos para la familia donde iba a alojarse.

Hizo algunas fotos en los templos budistas, montículos de tierra y polvo acumulado, surcos regulares trazados en círculo. Un suelo de madera de color

castaño. También había perseguido a una señora mayor por una callejuela. La señora empujaba encorvada un carrito que era una especie de landó, las manos firmes en el asa, sus cabellos grises sujetos con un pasador. Seguramente llevaba con qué hacer una buena sopa. Avanzaba lentamente. La fotografió a lo largo del trayecto. La señora delante de un muro, la señora delante de un almacén, la señora delante de una valla publicitaria, la señora delante de una tienda de comestibles...

Me explicó la manera en que degustaban el camembert las personas que había conocido: lo cortaban en lonchas muy finas presentadas en rollitos o extendidas sobre sushi, láminas finas como de encaje. El, por su parte, les enseñó cómo se hace en Francia, imitando el corte de gruesos trozos bien cremosos, sujetándolos con los dedos sobre un trozo de *baguette* partida a mano y aplastándolos bien para extender la crema. Ellos respondieron: Oh, qué refinado.

Pronunciaba algunas palabras a la japonesa: *teribilu* (terrible), *horibilu* (horrible), *Lusasu* (Lussas)...

No hablaba jamás de sentimientos. Hablaba de las hojas verdes, del rocío, del murmullo del bambú, del olor del gasoil, de la luz del día, del sabor de un alimento, de lo que queda a la vista, de todo lo que se puede masticar, oler u observar.

En un restaurante me dibujó la casa de su familia. Un gran cristal ahumado en forma de triángulo isósceles ocupaba parte de la fachada, ofreciendo desde el interior una vista geométrica en tonos tostados. Desde el primer piso se podía observar el paisaje marrón y divisar el jardincillo sin ser visto. Desde el exterior, el vidrio parecía una abertura opaca, no dejaba adivinar más que algunos fragmentos, partes indefinidas, un trozo de techo o de pared. Lo que permitía estar a salvo de las miradas de la calle.

Yo no sabía prácticamente nada de él. Incluso desde Japón me enviaba sus impresiones sobre el viento fresco, una nube de tormenta, una carretera rural. Jamás hablaba de cosas ocultas, de recuerdos, de llantos, de decepciones. Todo estaba enterrado, olvidado, aparcado, ni siquiera existía. Nada era real excepto lo real, las impresiones directas e inmediatas. Así, adiós a las antiguas tristezas. Bastaba con descubrir un olor a alquitrán, con escuchar un buen disco o leer un buen libro. Con beber el té en tazas azules y blancas en el restaurante y con saber apreciar las manchas de grasa en un trozo de papel de estraza.

Había que adivinar sus sentimientos, por qué actuaba de tal o cual manera.

Decía que su madre estaba loca y que se avergonzaba de ella en los grandes almacenes. Una vez fueron a comprar un abrigo y ella lanzaba gritos diciendo: Oh,

qué bonito es.

Tenía un problema con su madre.

Ella le había enseñado su versión de la receta casera para el catarro: coger un plátano maduro, batir o machacar con el tenedor, añadir una yema de huevo, batir los ingredientes hasta la obtención de una pasta de color crema, añadir leche caliente. Remover, dejar enfriar y beber: los microbios saldrán corriendo.

Se levantaba de la cama para ir a beber un vaso de agua fresca.

Bruno: ¿Tú quieres?

Yo: Vale.

(Deja caer la esquina izquierda del edredón arrojándola hacia mí, saca las piernas de la cama, desaparece en la oscuridad hacia la cocina, oigo cómo corre el chorro de agua, bebe en silencio, vuelve, está de pie en la penumbra completamente desnudo pero con sus gafas. Sujetamos los dos el vaso con una mano como si yo tuviera tres años. Lo bebo todo sin dejar caer una gota. ¡Pues sí que tenías sed!)

Tenía dos edredones que intercambiaba: uno de verano y otro de invierno. Las sábanas solían ir a juego, azul oscuro o verde botella.

Después de lavarse extendía la toalla empapada sobre la cama.

Doblaba los trapos, apilaba su ropa en la silla del escritorio, alineaba los zapatos, no le gustaba arrugar las cosas. Doblaba el envoltorio de la mantequilla hacia dentro para no tocar el lado grasiento. Enrollaba los tubos de dentífrico a partir de la base, como las latas de sardinas que se abren con llave. Sin embargo, el borde del lavabo era el paraíso de los cepillos de dientes usados, de los estuches de plástico, de los jabones «invitados», de los esprais de espuma... El piso entero estaba repleto de trastos. Los libros y papeles desbordaban el escritorio, sujetos con el peso de los objetos, colocados en pirámide.

No se atrevía a limpiar el polvo. Prefería verlo acumularse. Le parecía muy bonito.

En una cesta, tenía cítricos enmohecidos, acartonados y recubiertos de polvo verde. Los limones se endurecían, las naranjas se convertían en algo parecido al cuero. Había también algunos limones cortados a la mitad. Algunos estaban sólo reseco y otros se habían vuelto marrones. Los quemaba un poco en la placa eléctrica: los había amarillos y negros, unos secos y otros muy ligeros. Los más antiguos aparecían carcomidos por un terciopelo polvoriento, los más podridos tenían el aspecto de una almendra fresca.

Encadenábamos los reencuentros sobre todo tras momentos de aislamiento. El

tenía que trabajar o le era imposible durante dos o tres semanas. No era inusual quedar por fin tras un largo período de tiempo (Bruno habría podido demostrar que, de esa manera, nos veíamos frecuentemente). Realizaba un sencillo gesto: alargar el dedo para tocar a la persona y verificar que estaba allí. Era la alegría de encontrar un cuerpo real en el espacio. Repetía la operación por pura seguridad, para comprobar que no había engaño. Después nos podíamos besar.

Tenía la última falange un poco torcida. A menudo, tendía simplemente el dedo hacia un objeto o una imagen, lo que significaba *es bonito*.

Mirando un diccionario de inglés para niños, se detuvo en el dibujo de un cuarto de baño que le parecía hermoso. Era muy simple, una bañera blanca, un lavabo cuadrado, una alfombra de baño y unas baldosas con dibujos diminutos.

A veces, cuando era muy hermoso, exclamaba *Ooooh* bajando ligeramente la cabeza.

Se reía hasta reventar cerrando los ojos y metiendo la cabeza entre los hombros. *Fffffff*.

Cuando no recordaba el nombre de la gente, los llamaba Menganito (o Menganita).

Tuvo una época muy Deschiens^[8] Al llegar a casa yo escuchaba los mensajes del contestador: Bien, es una receta a base de *gibolín*, tomamos una buena pieza de *gibolín*, compre usted un pedazo, de *gibolín*, eso es, póngalo a cocer en una cazuela, o a freír en una sartén, separe el envoltorio, *hummm...* Esto tiene una pinta excelente, más vale comprar un buen *gibolín*, es mejor, yo pongo el *gibolín* con aceite en la cazuela, hay que mezclar bien, ¿eh?, mezclar bien, en especial porque puede agarrarse, añadimos aceite porque el aceite... Eso es, un poco de aceite, está bien, y ahora, el *gibolín* va a ir haciéndose pero habrá que echar un poco más de aceite porque, si no, está un poco seco y después, bien, eso es todo, se deja hacer un poquito, eso es, el *gibolín* cociendo, ah, se puede ver, cuece muy bien, ah, ¡hola, *gibolín!* Y después, una vez que el *gibolín* está preparado, se añade una gota de aceite por encima, eso le da buen sabor, así, muy bien, añadimos el aceite.

Grababa los episodios con un dictáfono y los representaba en vivo. Nos hacía llorar de risa... Cuando se reía mucho, hacía también *Hi hi hi*.

Yo hacía *collages* con su nombre y su dirección en los sobres, recortaba el diccionario, buscaba papeles raros, cosía letras de cáscara de naranja sobre cartón.

Un día, movido por el impulso de ver *La joven de la perla* de Vermeer, cogió su

coche y se fue a Holanda. Yo no sabía dónde estaba porque no había dicho nada. Por las reiteradas llamadas sin respuesta, adiviné que no se encontraba en casa. ¿Dónde podía estar? Intenté resolver el enigma con ayuda del teléfono, procediendo a intentos, más o menos espaciados en el tiempo, de manera arbitraria. El resultado final fue definitivo: había un 100% de posibilidades de que Bruno no estuviera allí. Pero como siempre queda un margen de duda, yo seguía, no obstante, intentándolo a intervalos irregulares. Con eso de las probabilidades de error nunca se sabe.

A su vuelta, recibí un escrito y un dibujo en rotulador negro en una servilleta de papel. Contaba su escapada, las impresiones fugaces, sus emociones ante la tela. La chica del cuadro tenía los ojos húmedos.

Los días de desasosiego solía ir a tomar el té a casa de un amigo. Mientras él calentaba el agua, yo me quedaba en el salón y aprovechaba ese tiempo muerto para intentar contactar con Bruno. El traía la bandeja, charlábamos, yo me sentaba en su escritorio mientras que él prefería el sofá. Con el rabillo del ojo, yo vigilaba el teléfono colocado en el extremo de la mesa. Durante nuestra charla, bebiendo el té, seguía la conversación al tiempo que marcaba el número en el teclado.

Bruno tenía a menudo los labios muy agrietados, con trozos de piel desprendida. También se le despellejaba el interior de las manos. Regularmente, la palma de la mano se le pelaba como a una maldita serpiente. Ningún dermatólogo había sabido darle una explicación sobre las causas de esa muda.

En el campo, se paraba al borde de la carretera para filmar la sombra de las nubes deslizándose rápidamente sobre los prados ondulados. La luz se desplazaba a gran velocidad, alternando zonas de sombra con parcelas de sol.

Había tomado toda una serie de fotos del campo en diferentes estaciones, plasmando en formato cuadrado los cambios de color: en verano, todo era verde, las mariposas volaban entre las amapolas, la tierra mostraba surcos de color marrón; el invierno se volvía blanco como la nieve y la primavera peinaba su peluca rubia.

Algunas de ellas estaban tomadas desde un camino, había líneas cruzando el horizonte, un tractor o una cosechadora se adivinaban a lo lejos, compitiendo en lentitud con algún escarabajo.

También había fotografiado las fotos pinchadas sobre el tocador de su abuela. Esta tendía un dedo hacia el espejo, su mano aparecía cortada a la derecha.

Había encargado varias copias de un negativo en papel con brillo, se veía un plato de postre sobre un mantel amarillo.

Era un apasionado de los vasos Durablex, esos redondos con números en los que

uno puede leer su edad. Un día nos perdimos de vista en unos grandes almacenes y pidió que me llamaran por megafonía. La encargada puso una voz suave y dijo: Señorita Duralex, la esperan en el punto de encuentro, señorita Duralex.

Una vez, nos citamos en la galería Durand Dessert. Era una buena idea, porque uno puede esperar mientras hojea los catálogos. Yo empezaba a saberlo todo acerca de las últimas publicaciones cuando sonó el teléfono. La persona del mostrador me preguntó si yo era la señora Yolanda. Era Bruno para decirme que llegaría con retraso.

Otra vez, como siempre, la comunicación se interrumpió, no había manera de contactar con él. Por casualidad, me encontré con Moira. Pasaba por mi calle: le propuse subir y tomar un té, un café o agua. Moira charlaba sin parar, pero yo estaba tan nerviosa que sólo podía dar vueltas como una peonza. Fuera el que fuera el tema abordado, yo llevaba la conversación a mi pregunta: ¿ Por qué Bruno no llama? Le hablaba de la desaparición del Agrio con la vaga esperanza de que tuviera una respuesta. De repente, el teléfono volvió a sonar. Una voz dijo: Aquí Telecom Francia, un telegrama para usted. La voz leyó, separando las palabras, STILL LIVES MEJOR INGLÉS STILL ALIVE STILL THINKING OF YOU RETIRO DE SOLITARIO NO MAN'S LAND NO PHONE'S LAND PARIS TUESDEY STILL LOVING.

Tras una larga ausencia, propuso que nos encontráramos en el Petit Keller. Preferí apoyarme en el muro de enfrente antes que empujar la puerta y decir: Espero a alguien. Tenía la impresión de que podían ver en mi cara ***El no va a venir***. El antepecho de la ventana me estaba cortando los omóplatos y no había más que un estrecho reborde de piedra helada para sentarse. Crucé la calle un par de veces para volver a comprobar desde el exterior. Al cabo de un rato fui a interrogar a mi contestador desde una cabina: él me decía: Te espero en el restaurante. Volví de inmediato, aunque ya no estaba. Entré y pregunté, pero el camarero me dijo: **YA SE HA MARCHADO**.

Una nota colocada en la cerradura de mi puerta decía que había venido. *Tenía dos soluciones: 1ª Olvidar el libro y llegar a la hora, 2ª No olvidar el libro y llegar tarde. He elegido la 2ª Pero lo cierto es que el Petit Keller ahora no es ninguna maravilla.* (Es verdad, habían puesto unas cortinas horribles de color salmón.)

Mi padre quiso invitarnos a comer en un restaurante. Bruno nos llevó al Georges, un tunecino de la calle Richer adonde solía ir con su padre. Su padre era aficionado a una salchicha de tripa servida con trozos de carne. En una ocasión él había pedido ese plato y se había comido la salchicha a toda velocidad: les hizo creer que no se la habían servido.

Bruno imitaba al embutido tunecino en el momento de desembocar en el tubo digestivo: al reconocer a un semejante, dirigía un saludo con la mano como harían dos colegas en una escalera mecánica.

Fuimos a ver de nuevo *Qué bello es vivir*. En la película, la mujer de James Stewart es un auténtico ángel, fiel, paciente, comprensiva. Le ofrece su confianza y lo espera en el hogar, se ocupa de todo y hace lo posible por ayudarlo, a pesar de sus manejos. Todo termina con un final feliz. A la salida, caminamos apenas cien metros. Se paró en seco y me tomó en sus brazos. Se deshizo en lágrimas.

Cuando teníamos cena en casa de algún amigo mío, se hacía esperar. Yo le daba la dirección, el código, el teléfono. A veces, no llegaba.

Una vez sí llegó. Comenzamos, y después terminamos, sin él. Era tarde, hora de acostarse, cuando llamaron a la puerta. Ah, ¡qué sorpresa! Era como cuando en las clases de esquí del colegio el cartero te entregaba una carta o como cuando del fondo del refectorio te llamaban y te decían: ¡Teléfono!

Durante una estancia en Budapest conocí a un joven que insistió en hacer de guía y acompañarme. Al final le di mi teléfono con la vaga idea de planear una hipotética cita en un futuro lejano.

Yo pensaba en Bruno. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? No tenía noticias suyas. Le había ofrecido venir a verme pero seguramente no tendría tiempo... Yo comprobaba el buzón a diario. Aparte de hojas fotocopiadas en rosa o amarillo, folletos o anuncios de conciertos de música clásica, no había más que un agujero rectangular: unos centímetros cúbicos de espacio encerrado entre seis paredes de metal esmaltado. Cerraba después la puerta con su mini llave, como si alguien fuera a abrirla. Un día, vinieron a avisarme al comedor: ¡Teléfono! Atravesé el vestíbulo a toda prisa, salté entre las mesas y sillas vacías. Al otro lado de la línea no estaba Bruno sino el ligón húngaro.

Durante varias veladas en las que él no apareció, la misma amiga estaba presente. Comenzaba a creer que Bruno no existía. Me decía: Jamás veré a ese pájaro desconocido. Afortunadamente, había otros allí que podían testificar que lo habían visto.

Algunos incluso habían podido charlar con él. Bruno se había cruzado en la calle con uno de ellos y se habían saludado. Aquello me tranquilizaba. Al menos cuatro o cinco personas nos relacionaban, esos buenos amigos podían hacer una asociación entre Bruno y yo.

Era la prueba de que había *algo*.

E incluso una vez, Nicolás M. nos invitó a su casa, había preparado espaguetis. Le dijo a Bruno: Ten, amigo mío, sírvete.

Fue realmente amable de su parte. Y además, qué suerte poder observar que dos personas queridas que no se conocían se descubren un montón de afinidades. Se aprecian de manera natural. Yo estaba encantada de que a Nicolás le gustara, y cruzaba los dedos para que Bruno encontrara interesantes a mis amigos, que se alegrara de volverlos a ver. Si disfrutaba hablando con ellos, apreciaría más salir conmigo.

Durante la comida, la pregunta fatídica salió a relucir: A los reunidos en torno a aquella mesa, ¿nos gustaría tener hijos?

A.: Creo que sí, pero no por ahora.

H.: De manera general, pienso que...

Bruno: Si es para limpiarle la caca.

Nicolás: Yo fabricaré una mochila con agujeros para los brazos y las piernas.

Yo: ¿Me puedes pasar el agua?

Tiempo más tarde, durante una reunión en mi casa, citó una frase que le había llamado la atención: *Cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro. Cuanto más conozco a las mujeres, más odio a mi perra.*

Durante un fin de semana, viajé a Châteauroux con Sophie y Maeva. Yo conducía mientras contaba mis desventuras. Me miraban en silencio y no se atrevían a decirme nada. Tenían aspecto de sentirse incómodas. Mucho tiempo después supe que una de sus amigas estaba iniciando una aventura con el Agrio.

Un día, Stéphane me dijo: Oye, ¿sabes qué? Una de mis viejas amigas ha conocido a Bruno. Una noche en el metro. Se dirigía a una recepción privada, a una de esas fiestas en las que es difícil entrar. Incluso con tres invitaciones no estaba segura de que la dejaran pasar. De hecho, ni me invitó a ir, no merecía la pena. Estaba mirando el plano del metro sin ver gran cosa cuando Bruno adivinó que era miope. ¿Quiere mis gafas? Tenga. (Se las puso en la mano.) ¿Adonde va? Ah, yo también.

¿Ah, sí?

Sí, sí.

(Ella se preguntó: ¿me está tomando el pelo?)

El insistió tanto que le dejó acompañarla.

Al final, llegaron a la fiesta y pudieron entrar.

Ante semejante caradura, no pudo decir no.

Un martes, fue a visitar a una amiga que trabaja en el Pompidou. Los guardias de seguridad le preguntaron a quién debían anunciar por el walkie-talkie, Bruno respondió: Al embajador de Miranda. Se daba la circunstancia de que el Centro no

esperaba a Bruno, sino a una personalidad de la diplomacia. Unas palabras chisporrotearon en el transmisor y el guardia le comunicó que un comité de bienvenida iba a venir para enseñarle el Centro.

Otra vez, le gastó una buena broma a uno de sus amigos. Éste acababa de ser admitido en una Escuela Superior tras superar el examen de ingreso. Bruno le llamó por teléfono disimulando la voz para anunciarle que había habido un error y echar por tierra la buena noticia. Señor, su examen está suspenso, pero su apellido es parecido al de otro candidato muy brillante. Comprenda usted que con esos apellidos que se parecen tanto es un lío. La ortografía de unos es con **h**, la de otros sin **b**. No se puede decir que nos lo pongan fácil. El amigo creyó que era cierto; se llevó una gran decepción. Estuvo hundido en la miseria durante dos días, hasta que Bruno volvió a llamar.

Cuando comenzábamos a salir, fuimos a tomar té a una terraza, cerca de una fuente. Él habló de pasada de su amiga, sin más. Yo saqué en conclusión: la cosa va por buen camino, se están separando. Ya se sabe, siempre lleva un tiempo... Dios sabe cuántos años puede uno seguir enganchado a una historia. Pero basta con ser paciente, va a ser un proceso natural. Voy a mantenerme en segundo plano, creo que eso le ayudará.

Alguien me preguntó: ¿Aún está con esa chica? Ah, no... Ya prácticamente no. No, no, me extrañaría... (al camarero) Perdona... (un tono más alto) ¡Por favor! (al interlocutor) No me oye... (girando la cabeza de nuevo) ¡Eh!

Una vez fuimos al cine, había un grupo de gente que Bruno conocía. Yo no sabía si podría ir a su casa después de la película... Más valía no preguntar: ¿y si decía que no? A la salida todo el mundo se quedó en la acera. Los que se conocían hablaban entre ellos. Los otros daban saltitos o echaban humo con la boca en o. Al cabo de un rato, la gente se dispersó, cada uno tomó una dirección. Bruno agitó la mano mientras me miraba. Eso quería decir adiós.

Le gustaba quedarse atrapado en los atascos. Escuchaba música o el repiquetear de las gotas si casualmente llovía. El asiento trasero estaba cubierto de periódicos viejos, de papeles, de cedés, de carpetas, de objetos varios.

En Roma, queríamos ver el **EUR**. El barrio parecía vacío y las avenidas abandonadas, los ministerios de Mussolini se recortaban sobre el cielo azul. A Bruno le gustaba permanecer en los sitios durante horas. Odiaba realizar una simple visita: se sentaba, reflexionaba, observaba durante largo rato... Yo tenía a menudo ganas de irme pero adoptaba la misma laxitud, hacía como que había olvidado hasta la idea misma de volver. El terminaba cansándose y preguntaba: ¿Nos vamos?

En los estantes de una librería encontré un libro sobre la arquitectura fascista. Lo estuvimos hojeando, profundizando en el conocimiento de lo que acabábamos de ver. Tenía dibujos y fotos en blanco y negro. Decidí comprarlo. Bruno quería otro pero era el último ejemplar. Voy a regalárselo, pensé, no se lo espera. Salimos de la librería, tomé el volumen y se lo di. (Creo que se lo imaginaba.)

Por mi cumpleaños, fuimos juntos a una librería. Él compró un libro para niños que me había gustado, se titulaba **Señor Moquillo**. Yo me preguntaba: ¿por qué compra ese libro? Después, fuimos a un local de comida rápida y desapareció durante cinco minutos largos. Pero, ¿qué puede estar haciendo? Estaba en el baño. Volvió con el libro dedicado. (Me lo esperaba un poco.)

De vez en cuando, le gustaba comer una hamburguesa. Pasaba por alto las plantas de plástico, la luz gris de las lámparas, la soledad de las mesas, la falta de consistencia de las bandejas vacías. No se negaba a la comida rápida.

Al cabo de unos meses, me dije que esta historia debía terminar. Ya no quedaba fuego, mi llama se había apagado. Ya había llorado bastante.

Tras la escena de vodevil en albornoz, le propuse que rompiéramos. El estuvo de acuerdo de inmediato.

Yo me esperaba un apocalipsis. ¿Qué iba a suceder?

No quería ni imaginarlo.

Lo cierto es que no pasó nada: el teléfono no volvió a sonar. Como transición, no supuso un gran cambio.



VALÉRIE MRÉJEN (PARIS, 1996). Novelista, artista plástica y autora de videos.

Desarrolla su trabajo a partir de acontecimientos cotidianos, detalles crueles o burlescos de la existencia, recuerdos, tópicos o melentendidos. Sus obras se han expuesto en muchos países. En 2008 se expuso una retrospectiva suya en la Galería del *Jeu de Paume*.

Se diplomó en 1994 en *l'École nationale supérieure d'arts de Cergy-Pontoise* y graba sus primeros videos en 1997.

Comienza editando artesanalmente cuentos para niños, hoy reunidos en un volumen: *Une dispute et autres embrouilles*. Más adelante publica tres textos de inspiración biográfica: *Mon gran-père* (1999), *L'Agrume* (2001) y *Eau sauvage* (2004).

En 2001 es invitada de honor de *l'Oulipoy* durante 2002 y 2003 es huesped en la *Villa Medicis*.

En 2008 le *Jeu de Paume* le consagra una exposición monográfica titulada «La place de la concorde».

En 2010 es huesped de la *Villa Kujoyama* en Kyoto.

En 2012 en el *Centre Pompidou*, en 2013 en la *Villete* y en 2014 en el festival de *Vendôme*.

Otros escritos suyos:

Forêt noire, 2012

Pork and milk, 2006

Valérie Mréjen, texte d'Élisabeth Lebovici, Léo Scheer, 2005

La Liste des invités, 1998

Notas

[1] Así en el original, (n. de la T.) <<

[2] Nombre con el que se conoce popularmente a la prestigiosa Escuela Politécnica de París, (N. de la T.) <<

[3] Se refiere a las antiguas habitaciones para el servicio situadas en las buhardillas, habituales en el centro de París, (n. de la T.) <<

[4] Viviendas de protección social, generalmente son bloques de pisos situados en barrios periféricos, (n. de la T.) <<

[5] Así en el original, (n. de la T.) <<

[6] Referencia al libro Calle Ordener; calle Labat, obra de la filósofa y autora francesa de origen judío Sarah Kofman, quien se suicidó poco después de escribirlo, (n. de la T.) <<

[7] Los alumnos de la Escuela Politécnica suelen aparecer ataviados con uniforme en actos conmemorativos de la nación. (n. de la T.) x<<

[8] Serie cómica sobre la vida de una familia, los Deschiens [los perros], emitida por Canal + en Francia, (n. de la T.) <<